

Piedra en el zapato

Piedras para Hermes

FELIPE RESTREPO DAVID

Otrabalsa, Medellín, 2020, 106 pp.

ESTE ES un libro que no se molesta demasiado en ser lo que anuncia en sus primeras páginas: un ensayo sobre el viaje como evento original en la existencia y clave de esta. Como metáfora el viaje abunda, la vida es un viaje; lo son el sueño, la muerte, la historia, la novela, la música, la juventud, la vejez, el día y la noche, el año que es un viaje de la Tierra alrededor del Sol, el recuerdo, que es viajar al pasado. Casi cualquier libro es un viaje. Viaje no exento de su encanto es el de los muertos, que imaginaron los egipcios y también los indios americanos, tan al detalle imaginado que tales difuntos llevaban a su lado buena provisión de oro para cubrir los gastos, como descubrieron después de siglos los guaqueiros colombianos y peruanos.

El autor de *Piedras para Hermes*, Felipe Restrepo David, sugiere que aquellos que sufren el anhelo de viajar quieren desenterrar secretos y claves sobre su destino, pero no se empeña en exponer el asunto con la profundidad que amerita el planteamiento; declina viajar por ese sendero, es autor contradictorio y paradójico. Más profundo que el viaje es, en el humano, el buscar. Buscar sin saber bien qué. Para el padre de la psicología de los arquetipos, Carl Jung, el *ánimus* de cada persona busca en los recovecos de su existir al *ánima*, que es su autenticidad. Esta búsqueda es el prototipo de muchos libros en los cuales el héroe debe encontrar su personalidad eterna y, en cierto modo, salvarse. El mito, por ejemplo, se recrea en la búsqueda del santo grial, que puso a muchos caballeros andantes a vagar por geografías maravillosas. En Colombia, en la cultura antioqueña, la narrativa del andariego expresa el mecanismo. Este personaje emprende muchos viajes y aduce motivos entre los cuales está la necesidad de llegar a alguna verdad interior o epifanía.

La búsqueda muchas veces no culmina en algo de firmeza definitiva; eso explica a las personas que aman andar, desesperan en la vida sedentaria y se sienten claustrofóbicas en todas

partes. Entre ellas, algunas optan por oficios en los cuales hay que viajar y revolotear por todo el mundo. Un colombiano, Alfredo Molano, cultivó el viaje testimonio hacia confines del país escogidos por tanto compatriota desarraigado por las violencias superpuestas de nuestra oscura historia. La vida de Molano transcurrió en una especie de viaje al “corazón de las tinieblas” colombianas. Sus libros, que registran esta peregrinación incesante, han sido acogidos con calor por el público. Es posible que al lado de su ambición documental, los viajes de Molano obedecieran a la necesidad de una epifanía de su “ánima” junguiana.

Restrepo David menciona a Molano de pasada. Le dedica cuatro renglones difusos en el texto “La carretera al mar”:

[...] empresarios querían que esa carretera les permitiera llevar a cabo su gran plan: hacer de Urabá lo que era la India para los ingleses: “un enorme depósito de materias primas para sus fábricas de textiles”; asegura Alfredo Molano Bravo en su libro *El Tapón del Darién: diario de una travesía*. (p. 69)

El libro de Restrepo no se ocupa de viajeros de relieve, uno de los asuntos que se insinúa en la introducción. Atropellado viajero fue Porfirio Barba Jacob, poeta del canon nacional, que desgranó su existencia en travesías por Centroamérica y México, en tiempos en que era necesaria la templanza marina para conquistar esas tierras. En esas ciudades centroamericanas Barba Jacob ejerció vibrante periodismo al estilo de esos tiempos, y los círculos intelectuales y literarios fueron en general afines sin negarle un puesto de importancia. Alfonso Reyes, fino y erudito polígrafo mexicano, lo menciona en algún apunte de sus memorias. Hay lugares de donde se expulsó a Barba Jacob por involucrarse en política. Un auténtico andariego antioqueño, que se nos antoja omisión importante en un texto que pretenda explorar el significado del viaje como rasgo definitorio del ser humano.

Libro extraño *Piedras para Hermes*. Las exóticas alegorías que prodiga en el primero de los textos: “Las obras de la literatura de viajes son huellas que algunos hombres han dejado tras de sí, y que otros han seguido para saberse en ellas”. El sugerir aleatorio de motivos

y temas sin concederles el compromiso necesario para su exposición. Flirtea con cien asuntos y no redondea; no es el mejor trato para el sufrido lector. Así, se arriesga a ser clasificado entre los crímenes kitsch de la literatura. El forajido del kitsch parte de su idea según la cual es necesario darles mejor acabado a las cosas, aura. En su autoimagen es noble, legítimo, de líneas puras, claridad mañanera. Embellece sus textos con alegorías no muy diferentes de las del himno nacional. Es un autor idílico. Veamos un fragmento del perfil que le fabrica la solapa del libro (es extrañamente exhaustivo, 500 palabras, y hay que tener cuidado con los lectores):

[...] fue profesor invitado a los doctorados en Bioética y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, y en Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad del Cauca. Ha recibido becas académicas, editoriales y literarias para proyectos de investigación, asesoría y creación. Ensayista, editor y profesor universitario. Doctor en Humanidades [...].

El profesor Restrepo es, además, socio de Otrabalsa, la editorial que publica este libro, cuyo tema dominante es él mismo. En dos de las crónicas esboza episodios de su infancia privilegiada: “Tuve una infancia afortunada, crecí en una finca con río” (p. 24). Otra es un relato incierto e indefinido sobre una travesía desde Leticia hasta Manaos, en el cual su mayor preocupación es contar que disfrutó comiendo sabrosos camarones cocidos. Son recurrentes las alusiones al territorio de Urabá, frecuentado en la infancia, evocaciones fragmentarias cuyo efecto más notable es que disimulan su violenta apropiación por varios tipos de colonización y expropiación de la población aborigen. El territorio de Urabá es sede de un típico conflicto político y social con similares expresiones en otras partes del país. Para el viajero-autor ha sido una parte del viaje indigna de contarse.

Un déficit de atención ahoga el desarrollo de los textos; puede ser consecuencia de una hoja de vida surtida y caudalosa. Quizás para tener un buen ensayista no ayuda la masa de compromisos y misiones que se reseñan en la solapa delantera del libro. Ninguno de los textos en *Piedras para Hermes* se

<i>ENSAYO</i>		RESEÑAS
<p>libera de un estado de “preensayo”, de esbozo, de proyecto. No lo disimulan los mantras estratégicamente dispersos por las páginas: “Las aguas dulces del golfo de Urabá se enojaban con esa espuma amarillosa”, y “sus olas se envalentonaban y el horizonte oscuro se quebraba con rayos...” (p. 52).</p> <p>Ernesto Gómez Mendoza</p>		